

me parece que todo lo que me ha sido grato me ha sido grato en la señora de Recamier, y que ella era la fuente de mis afecciones. Mis recuerdos de varias edades, los de mis sueños como los de mis realidades, se han petrificado, mezclado, confundido, para formar un compuesto de encantos y de dulces sufrimientos de los cuales ella se ha convertido en forma divina. Ella reina en mis sentimientos, de la misma manera que la autoridad del cielo ha puesto la felicidad, la orden y la paz en mis deberes.»

Chateaubriand tal vez se resignó al ver que su rival, otro hombre ilustre, tenía que pasar por su mismo aro. Este rival era Ampere.

Ampere la había acompañado ó seguido á Italia cuando su fuga de 1823. No tenía más que veinte años, y ya la Recamier contaba á la sazón cuarenta y tres. Antes de la fuga se le había ya declarado Ampere, y la Recamier se había hecho acompañar por un hombre apasionado y ardiente tanto como Chateaubriand y mucho más joven que éste, segura de que sabría entretenerle y contentarle con promesas que no habrían de realizarse nunca. Ampere acabó por perder la paciencia y se retiró. Pero la Recamier no estaba acostumbrada á esta clase de rupturas y resolvió vengarse. Cuando supo que Ampere iba á casarse con la hija de Cuvier que le había inspirado un nuevo amor, se dió tanto arte y tanta maña para atraerle de nuevo, que el casamiento de Ampere se rompió, y éste volvió á caer rendido á los pies de aquella beldad que ya estaba en los límites de la vejez.

Desde este momento ya no se habla de la Recamier más que de su extremada habilidad en surcir voluntades, en apaciguar tormentas, de su energía al rehusar la mano que Chateaubriand estando ya viudos uno y otra, de lo agradable de su trato y de su conversación, de aquella su eterna sonrisa de niña mimada que no le abandonó ni después de muerta á los setenta y dos años, como se puede ver en la bella litografía de Deveria que la representa en su lecho mortuario.

Figurándonos lo que había de ser el salón de la Recamier en todas las etapas de su vida galante que le obligaron á llevar tantas veces el luto de sus adoradores, podemos formarnos idea de lo que habían de ser los salones regidos por divinidades menos austeras en las épocas diversas de las grandes agitaciones políticas por que ha atravesado Francia durante el siglo XIX.

Difícil es cuando se adquiere la costumbre de reunir diariamente un buen número de amigos en un salón, ó en determinados días, no procurarles

toda clase de distracciones. El baile, aún dirigido por Tremis el gran maestro de baile de la república, que el imperio hizo conde, y de quien no se dijeron pocas cosas por haber introducido el valz que á tantos pareció escandaloso, no satisface á todos los hombres y es incompatible con todas las edades; la música, el divino arte de la música, hasta cuando Garat el tenor de moda de la época y de los salones canta, es para muchos un ruido, la conversación agota los temas, sólo el juego es inagotable, insaciable y siempre abierto á todas las edades. Jugábase, pues, más ó menos en todos los salones del Directorio y del Imperio, y durante el gobierno de Napoleón, el juego, como en la época del Directorio, fué protegido por la ley, y las casas de juego pagaban contribución. Entonces se introdujo y se extendió el juego de la ruleta.

En tiempo de la república, es decir, hasta thermidor, el juego, lo mismo que la lotería fueron severísimamente perseguidos. El decreto de 16 de Noviembre de 1792 que prohibía una y otra cosa fué observado con rigor. Este rigor flaqueó en la época directorial, y los directores autorizaron la apertura de varias casas de juego y hasta el juego de noche. Los mismos que están convencidos de que Napoleón como gran reformador moral está cogido en infraganti delito mandando á Junot que vaya á hacer dinero á una casa de juego de donde salió con 60.000 duros, nos dice para absolverle cuando ya estaba en Santa Elena, por haber consentido que se jugara y se hiciera durante la época imperial del juego una fuente de ingresos, que cuantas veces quiso intentar la reforma otras tantas tuvo que desistir delante de la fuerte oposición que se le hizo. El juego, pues, que en el antiguo régimen tanto daño había hecho á la sociedad francesa, continuó haciéndose aún durante muchísimos años, gracias á haberse tolerado primero y consentido después, lo que la república había en 1792 severamente prohibido.

De la misma manera que no hay obra francesa de teatro sin que se coma, no ha habido en tiempo alguno reunión, ó salón sin buffet. En la época del Directorio el salón se cerraba con un té, pero el té, se componía de los mismos platos que una comida, salvo la sopa, y aún esta se servía á los que la pedían. De esto, á pesar de contarle Lacroix detalladamente en su libro *Directorio, Consulado é Imperio* en el capítulo III, en el VII, dice que del 10 de Agosto de 1792 al 9 thermidor ó sea al 27 de Julio de 1794, nadie comió con buen apetito en Francia, pues en dicha época nadie pensaba más que en vivir para comer. Y en este mismo capítulo



á la vuelta de la página citada dice:—«Hubo, pues, todavía, hasta durante el Terror, algunos restaurantes reputados, en los que se rendía piadosamente, culto al arte alimenticio, en favor de un muy corto número de fieles más ó menos dignos de honrarlos.» De lo cual se deduce que todo es hablar por hablar

al decir que con los emigrados emigraron los cocineros. Esta emigración es la única que no es posible en Francia en donde se sabe vivir para comer.

De la misma manera que en todo vamos notando un gran progreso al destruirse el antiguo régimen, este progreso fué tan general y tan continuo, que



JOVELLANOS

en el mismo arte culinario se hizo sentir de una manera extraordinaria, lo cual sirve para que se cite como ejemplo de la gastronomía de los plebeyos endiosados de la revolución, de los *parvenus*, de los improvisados, de los que son incapaces de sentir los placeres delicados de la aristocracia, y para quienes son sólo los placeres de la mesa, como si estos fueran tan fáciles de satisfacer.

La Reynière en su *Almanach des Gourmands* para el año 1804, naturalmente, después de decir que la revolución puso fin á las buenas mesas y á los buenos platos, nos dice que antes de 1789 no se

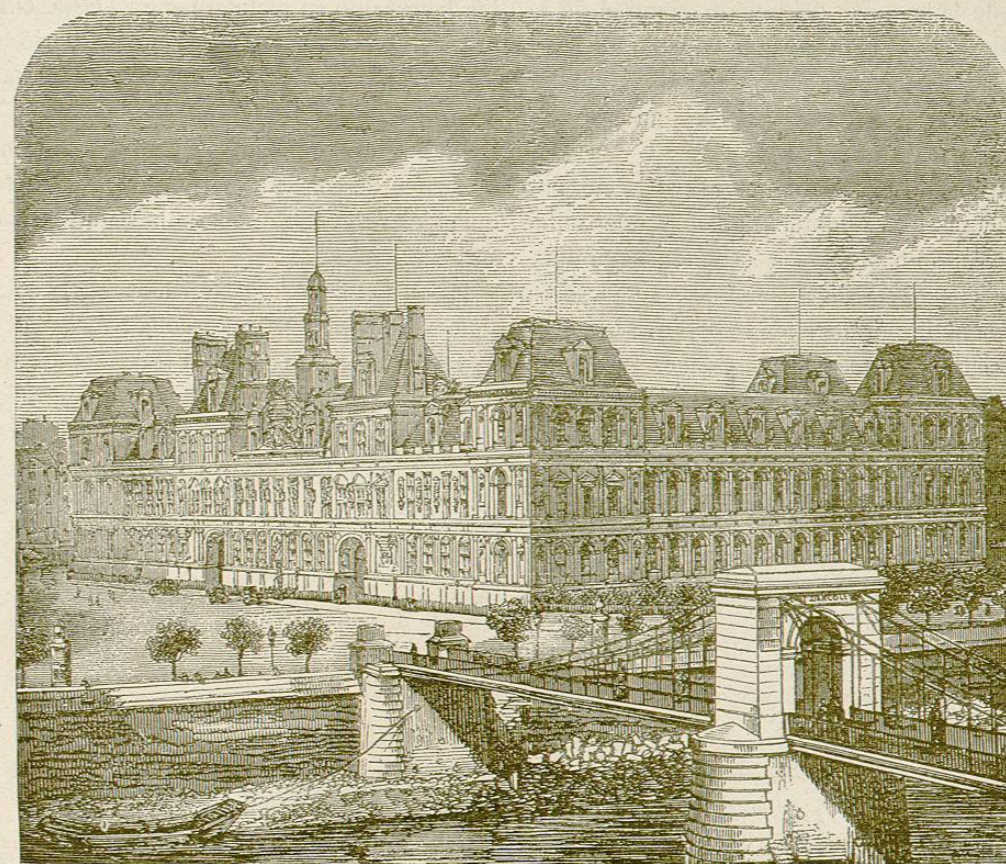
contaban en París más allá de cien restaurantes, mientras que era necesario contar para 1804 de quinientos á seiscientos. Esto lo atribuye «á la manía de la imitación de los ingleses que comen en la taberna, y á esta súbita inundación de legisladores sin domicilio.» En esto creemos que la Reynière observó bien.

En plena guerra contra los ingleses, la moda inglesa se introdujo en París. Al traje descocado se oponía el traje severo, púdico, y lo diremos, anti-artístico, de las *misses* y de las *ladies*, que no logró imponerse, pero que al fin consiguió reprimir con

ventaja de la salud de las señoras la licencia de las modas de la época, que llegó hasta el extremo de que todas las prendas del tocado y vestido de una señora, según cuenta Lacroix, no pesaran más que una libra.

El restaurant, que es algo más decente que la taberna inglesa, respondía también á las necesidades de las nuevas costumbres políticas de la época. El

continuo trasiego de tropas por París los hacía indispensables. La oficialidad de los nuevos batallones no podía contar con ser acogida en París en casa de las alianzas de familia como sucedía con la antigua oficialidad noble. Era, pues, indispensable crear para ella su centro, su casa flotante. Lo mismo decimos para los diputados. Otra cosa no quiere indicar la Reynière cuando dice que favoreció la extensión de



Hotel de Ville, Paris

los restaurantes la «inundación de legisladores sin domicilio.» Los diputados de los *Estados generales* hallaron á buen seguro todos domicilio en París en las grandes familias de sus clases respectivas. Después de todo, era para éstas un honor albergar á los diputados de la nación. Pero ya los diputados de la segunda Asamblea de la legislativa hubieron de tener más dificultades en colocarse, la emigración había principiado y cada día iba haciéndose mayor, la clase media alta ya no podía brindar domicilios bastantes á los nuevos diputados, y nosotros creemos que la Reynière hubiera podido decir muy bien que los legisladores de la Convención vivían en la calle.

Lo que diremos más adelante de los teatros y otras diversiones de carácter artístico, probará como el espíritu de asociación y de reunión se fué difundiendo hasta producir la confusión de clases, esta gran conquista del siglo XIX.

Esto presente, se comprenderá con cuanto disgusto, y con qué crítica han de hablar los hombres del antiguo régimen, y los que sin serlo tenían su gusto, de las fiestas públicas nacionales y particulares de la época. Los trenes, el aparato, las gentes, todo era nuevo para ellos, y como á la etiqueta rígida y ridícula de Versalles pero que para ellos era la expresión del gran tono, había sucedido una etiqueta más llana y fácil, y no aludimos á la impe-

rial que llegó á ser la más cargante de todas, por lo mismo que tuvo que improvisarse, esa derogación de las antiguas costumbres y sobre todo de las distancias, traía fuera de sí á los que teniendo necesidad de la sociedad nacían obligados á vivir fuera de ella, ó á amoldarse á su manera de ser, lo que les parecía insufrible.

Había, pues, la sociedad hecho grandes progresos, y lo repetimos, no se había hecho uno más grande desde la creación del mundo, como el de la confusión de clases. Este progreso quedó, aún después del establecimiento de la nobleza imperial y de la vuelta de la aristocracia del antiguo régimen.

Más aún; hubo una clase que desapareció por completo, la clase sacerdotal. Ya las grandes familias no piensan en hacer de sus segundones ni obispos, ni cardenales, ni simples abates. El clero ha perdido toda su importancia. Ya no posee la mitad de la Francia. Ya no se le permite tener bienes inmuebles. Son unos simples funcionarios del Estado y aún no son los mejor pagados. Por consiguiente el que no tiene derechos ni privilegios superiores á otras clases, tendrá en lo sucesivo que reclutarse

en la clase media alta, para ir bajando hasta las clases populares.

Hoy día en todas las naciones católicas resulta que hay gran falta de curas para los pueblos rurales. En Francia sobre todo la carestía es extremada, y será mayor en todas partes á medida que se vaya suprimiendo la exención del servicio militar de que gozaban los jóvenes que habían recibido órdenes menores en la época del sorteo. Este privilegio había favorecido su reclutamiento. Desde el momento que el seminarista, como el universitario le debe al Estado, á la patria, el servicio militar, los seminarios quedarán cada vez más desiertos.

¿Y qué sucederá el día en que se reconozca que no tienen derecho á quedar al frente de sus parroquias los reservistas cuando la seguridad pública los reclame?

Este es el factor que transformará la sociedad del siglo XX. El siglo XIX no podía hacer más de lo que ha hecho. Nos ha reunido á todos los ciudadanos de un mismo pueblo en una gran fraternidad. Dejemos, pues, al siglo XX que haga esta fraternidad universal. Al escribirse su historia, se acordarán de nosotros.



CAPITULO IX

LA GUERRA CONTRA INGLATERRA

Marcha de los ejércitos franceses.—Reocupación del Sud de Italia.—Ocupación del Hannover.—Efecto que causan en Europa estas medidas.—Francia y Rusia.—Se enfrían las relaciones amistosas.—Francia y Prusia.—Reclama Prusia la evacuación de Hannover.—Negativa de Francia.—Desafecto de los prusianos.—Triunfo diplomático de Talleyrand: aislamiento de Inglaterra.—Sus armamentos.—Armamentos de Francia.—El Campo de Boulogne.—Inmensos preparativos para desembarcar en Inglaterra.—Si esto era factible.—Opinión del ministro de marina Decres.—Fuerzas marítimas de Francia.—Su situación y situación de las armadas británicas.—Justificadas esperanzas de los franceses.—Cómo entretenía Bonaparte su despecho por no poder atacar á Inglaterra.—Bonaparte periodista: artículo del *Monitor* de 13 de Octubre de 1803.—Resuelve Bonaparte atacar en la primavera de 1804.—Francia é Irlanda.—El conde de Artois y la conspiración Cadoudal.—El setembrista Mehe.—Procurábase comprometer á Moreau.—Reconcilianse Pichegru y Moreau.—Falsedades de Lajolais.—Marcha Cadoudal á París.—Su desembarco.—Marcha de Pichegru: 16 de Enero de 1804.—Mehe policía.—Resolución de Bonaparte.—Quiere hacer un gran escarmiento.—Savary en Biville.—Fouche y Bernier cogen los hilos de la conspiración.—Prisión del segundo de Cadoudal.—Sus revelaciones.—Préndese á Moreau.—Protesta Moreau de su inocencia.—Indignación general por su detención.—Cómo procuró Bonaparte su condenación.—Créase un tribunal especial para juzgarle.—Entrégasele al tribunal criminal del Sena: 25 de Febrero de 1804.—Movimiento oficial de indignación contra Moreau.—Actitud del Tribunal.—Irritación de Bonaparte.—Ley condenando á muerte á los que den asilo á Pichegru y Cadoudal: 28 de Febrero.—Préndese el mismo día á Pichegru.—Prisión de Cadoudal.—Cómo se procuró enganar á Moreau.—Escribe á Bonaparte.—Villanía del primer Cónsul: entrega su carta al tribunal.—Bonaparte no quería matar á Moreau, sino desprestigiarle.—El duque de Enghien.—Felonia de su prisión.—Si obró Bonaparte equivocadamente ó no.—Informes de la policía francesa.—Actitud del duque.—Lebrun y Cambaceres desaprueban su prisión y violación del derecho de gentes.—Los demás aprueban.—Préndese al duque: 14 de Marzo de 1804.—Es trasladado á París.—Llega el 20 y se le encierra en Vincennes.—Niégase Murat á encargarse de su asesinato legal.—Furor de Bonaparte.—Asume todas las responsabilidades.—Elige á los miembros del Consejo de guerra.—Hullin el vencedor de la Bastilla su presidente.—Savary encárgase de la ejecución de la sentencia.—Comparece Enghien ante el Consejo de guerra.—Protesta de su inocencia.—Condénasele á muerte.—Quiere Hullin que se consulte la sentencia á Bonaparte creyendo que éste no quería matar al duque.—Opónese Savary.—Ejecución del duque de Enghien, madrugada del 21 de Marzo.—Cómo se defendió Bonaparte de este crimen.—Juicio severo de la posteridad.—Cómo lo juzgaba su propia familia.—Opinión de Talleyrand.—Efecto que causó la noticia del asesinato.—Terror de París.—Quiere Bonaparte trasladar la capital á Lyon.—Actitud de Rusia.—Toma la corte luto.—Protesta y reclamaciones de Alejandro I.—Retranse los embajadores.—Rómpanse las relaciones.—Cobardía del duque de Baden.—Calculada indiferencia de Prusia y Austria.—Suicidio de Pichegru.—Si fué ó no asesinado.—Cómo se quiso desacreditar á Pichegru.—Su energía.—Declara que defenderá á Moreau.—El capitán Wright: se suicida como Pichegru.—Mehe y la conspiración Drake.—Quiérese desacreditar á la diplomacia inglesa.—Respuesta del gobierno inglés á la circular de Talleyrand.—Respuesta de Talleyrand.—Prisión de Rumbold diplomático inglés.—Obtiene Prusia su libertad.—Cómo ocupó Mortier el Hannover.—Combate de Bonstall.—Sumisión de la regencia.—Fructuosos resultados de la ocupación.—Disuélvase el ejército hannoveriano.—Inglaterra se apodera de varias colonias holandesas.



A hemos dicho cuanto no temía Rusia que la guerra entre Francia é Inglaterra no fuera la señal de la ocupación por parte de Francia del Hannover y la reocupación de Nápoles. En efecto, al declararse la guerra estaban ya en marcha las tropas que en seguida tomaron posesión

en el golfo de Tarento, pero Bonaparte por el momento respetó la restauración por consideraciones á Rusia y luégo porque dejando en pie la soberanía del rey de Nápoles encontraba ocasión de imponerle la manutención y sostenimiento del cuerpo de tropas francesas que ocupaban sus Estados,